

LA CABEZA DE GOLIAT

Ezequiel Martínez Estrada

LA CABEZA DE GOLIAT

Microscopía de Buenos Aires

Prólogo de Christian Ferrer

INTERZONA

INTERZONA

Martínez Estrada, Ezequiel

La cabeza de Goliat : Microscopía de Buenos Aires / Ezequiel

Martínez Estrada. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2017.

352 p. ; 21 x 13 cm. - (Interzona ensayos)

ISBN 978-987-3874-31-4

1. Ensayo Político. 2. Argentina. 3. Historia Argentina. I. Título.

CDD 320

© Fundación Ezequiel Martínez Estrada

© interZona editora, 2017

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

La cabeza de Goliat fue publicado por primera vez en 1940.

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Prólogo: Christian Ferrer

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Brenda Wainer

Composición de tapa: Victoria Villalba

ISBN 978-987-3874-31-4

Libro de edición argentina.

Impreso en China. *Printed in China.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

DESMESURA

I

En el tiempo en que Ezequiel Martínez Estrada concibió *La cabeza de Goliath*, su englobante microscopía de la ciudad capital, amén de ser su segundo ensayo de importancia, Argentina albergaba pocas dudas con respecto a su destino, en apariencia garantizado. Cereal, ganado, petróleo, industria, una historia reciente, un pueblo joven, las guerras civiles en el recuerdo. Todo a nuevo: el país parecía el cuerno de la abundancia, aun cuando los frutos estuviesen desigualmente repartidos. Si bien existían intelectuales obsesionados con la cuestión del “ser nacional” y aunque muchas de las simientes de nuestros dramas políticos posteriores ya estaban madurando bajo la superficie, nadie dio mucho crédito al inventario de Buenos Aires que Martínez Estrada presentaba con lenguaje tan irritado como irritante, apenas atenuado por momentos de arrebató lírico y otros facetados diamantinos.

Publicado en 1940, el libro terminó siendo minusvalorado a título de sociologismo costumbrista a pesar de que la ambición de Martínez Estrada había sido otra: la exploración sistemática de su propia ciudad con el fin de ponderar la fortaleza de sus acervos, de sus promesas y de sus símbolos idiosincrásicos. El problema era capital: Buenos Aires, ensanchada a la manera de las jaquecas o de los tumores, era el índice del fracaso de los argentinos para dar forma armónica a su nación. El diagnóstico era preocupante: macrocefalia

y “piernas raquílicas”. Tal desmesura era el más importante factor desequilibrante del sentido de la historia nacional. El problema urgía y el remedio no estaba en existencia.

Unos pocos años antes, en 1933, Martínez Estrada había dado a conocer su obra cumbre, *Radiografía de la pampa*, informe severo acerca de los mitos argentinos y asimismo la profecía de un maná negativo que se descargaría sobre el país en caso de que no se cambiaran hábitos y derrotero. Con el tiempo, ese libro ganaría adeptos y también refutaciones e incluso llegaría a ser apreciada como una joya áspera de la literatura nacional, pero en su momento tuvo que soportar desdenes, el sambenito de “amargura”, y el sobreentendido avieso de que había sido escrito en contra del terruño. *La cabeza de Goliat* resulta ser una derivación temática de aquel primer ensayo, la aplicación de una lente de aumento al “foco de infección” del mapa argentino.

Antes de transformarse en ensayista, Martínez Estrada fue, exclusivamente, un poeta. Así sucedió, hacia 1920, cuando se inició en la vida literaria, sin irle nada mal, pues recibió el espaldarazo de Leopoldo Lugones –un consagrado–, y obtuvo el respeto del medioambiente. Ciertas ristras de laurel descendieron sobre su testera, entre ellas el Premio Nacional de Literatura, y al fin, en el mismo año en que publicó su radiografía del país, Martínez Estrada fue elegido presidente de la muy relevante Sociedad Argentina de Escritores. No era poca cosa. Para entonces tenía treinta y ocho años. Mucho antes, el hombre había llegado al mundo en San José de la Esquina, un pueblo de tantos en la provincia de Santa Fe, en una familia de escasos recursos que pronto partiría hacia Goyena, poblado aún más exiguo ubicado en el sur de la provincia de Buenos Aires.

De modo que Martínez Estrada echó anclas en la Capital Federal recién a los doce años de edad y en ella permaneció quieto por los siguientes cuarenta años. Pero hubo otras ciudades en su vida, además de los dos pueblos de infancia. La Plata, donde enseñó

literatura por dos décadas; Bahía Blanca, donde transcurrió la edad de la jubilación y donde moriría, a fines de 1964; el Distrito Federal de México, adonde se exilió voluntariamente por un año; y, ya sobre el ocaso, La Habana, donde se puso al servicio del nuevo gobierno revolucionario. No obstante, Martínez Estrada siempre fue un autor “local”, sus obsesiones limitaban con las fronteras nacionales y difícilmente hubiera concitado la atención de un público fuera de su país. Argentina, y Buenos Aires en particular, fueron sus bestias negras, a las que amó pero no necesariamente admiró. Sus sentimientos hacia Buenos Aires están condensados en esta pregunta: “¿Por qué siento, paseando por el puerto y sus adyacencias, que soy como un desterrado y a la vez como un cautivo?”.

II

Más que álbum de intermitencias, o bien sinfonía inconclusa, el libro resulta ser un mosaico, siendo cada una de sus fracciones una “microscopía”, metáfora técnica del detallismo casi puntillista con que Martínez Estrada descompuso la ciudad hasta arribar a sus células elementales, puesto que la esencia de toda ciudad es proteica y por lo tanto inasible. La suma de las miniaturas conforma un fresco astillado pero que hace aprehensible el vertiginoso despliegue de una ciudad. Cada breve capítulo supone una meditación sobre algún escaque simbólico: de toda institución y emblema escrutado se sacan a luz sus malestares y sus falacias, y de cada costumbre y tradición se destilan una psicología y una crítica moral. Martínez Estrada buscaba en el obrar cotidiano de los habitantes signos de elevación o de declive, la voluntad de hazaña o la maldición de Babel. Pero cada estación del recorrido, haya sido relatada con ánimo elegíaco o con humor crispado, es un círculo de fuego.

El método de Martínez Estrada está explicitado al comienzo: “El divagar por las calles de un hombre solitario que ni siquiera se ha

propuesto un paseo agradable”. En el camino, Buenos Aires se le va transformando en obstáculo, sino en costra, otras veces en disfraz, habitualmente en vidrio empañado. No se propuso Martínez Estrada ofrecer una explicación científica a base de leyes estadísticas y otras regularidades por el estilo, sino meditaciones espectrales, crónicas dantescas, una alarmante sismología del alma ciudadana. Dado que Martínez Estrada no era sabio de gabinete, más bien un hombre errante cuyo deambular no se detuvo en los límites de la gran ciudad, pues ella misma resultaba ser un “neurotismo” del cual dependía la suerte de las provincias.

En efecto, uno de los tirantes de la argumentación, oculto en el cañamazo, es la pugna entre la metrópoli y el interior del país. Creía Martínez Estrada que la ciudad capital se nutría al modo de los parásitos y que, como las luciérnagas, vivía del encandilamiento del observador. Años más tarde, ya casi viejo, en una carta que le enviaría al Presidente de la Nación y en la que le conminaba a desmantelar Buenos Aires, incluso despedazarla por medio de la dinamita hasta dejarla reducida a sus fuerzas verdaderas, incluyó este interrogante: “¿Qué es, pues, lo que Buenos Aires ha hecho del país? ¿No tenemos derecho a preguntarle con palabras bíblicas: ‘Caín, Caín, qué has hecho de tu hermano?’”. Pero lo cierto es que Caín no pudo hacer otra cosa más que vivir para sí mismo.

Martínez Estrada concede que Buenos Aires es la mayor gloria de la Argentina, su mascarón de proa, sin dejar de ser, a la vez, “la enfermedad mortal de la República”. Tanto dinamismo y magnificencia desembocan en triunfo pírrico: la grandeza es patología y la grandilocuencia, fracaso. La cabeza del país había alcanzado rango de enigma existencial, pero el resto del cuerpo era frágil, por no decir vulnerable. Su destino, al igual que lo fue el de Goliat, era el desmoronamiento. Desarrollada como fenómeno psicológico e ilusionista, “el *trompe l’oeil* de los hijos del inmigrante”, su otra realidad era la de ser un montepío de la carne. Nadie podía ser feliz allí.

Escrito durante un tiempo de intensificación y modernización del núcleo urbano primigenio, *La cabeza de Goliat* resulta ser una postal giratoria –no se sabe si diagnóstico o pronóstico– de la década de 1930. Detrás quedaba “la gran aldea”; por delante, la posible refulgencia metropolitana, o bien la tiranópolis de un cíclope. Dos épocas se superpusieron en aquella bisagra, orgánica y mecánica, esta última triunfante, con costo cargado a la cuenta de la alienación y el desgaste del alma y el cuerpo. Como sucedía en buena parte del mundo, el industrialismo, el ideal de vida conocido por entonces como “americanismo”, y la mecanización de la vida cotidiana, se revestían de una pátina publicitaria que pretendía consolar el déficit de adaptación a la maquinaria con promesas de futuros prodigiosos. Los mitos mecánicos sustituían a los instintivos y la vida entera se adecuaba a una cinta sin fin: “La casa de departamento es la fábrica donde se descansa”. Martínez Estrada fue testigo asombrado y suspicaz de esta gran transformación.

Lo esencial de la vida urbana, pero también lo decorativo y lo minúsculo, fueron sopesados como en una balanza del juicio final. Estaban en juego las posibilidades existenciales del habitante: ¿qué ameritaba la alabanza; qué el réquiem? A Martínez Estrada le concernía primordialmente la proeza o el mérito de la ciudad, no el artificio o cualquier otro desdoblamiento compensatorio, esos apósitos bonitos que pueden disimular la herida pero no cicatrizarla. Incluso la eyaculación de cultura no pasaba de ser digestión o pasatiempo. La cultura que le importaba era la resina que se desprende de la vida orgánica y que se evidencia en el paso cansino o entusiasta del caminante, en las violencias derivadas de las disputas por el espacio o el puesto, en el aprestamiento de los hogares como cápsulas amortiguadoras o como recintos de temple, en la tensión entre autarquía y masificación, en el influjo de la moda sobre la conducta moral del ciudadano, en las episódicas y agónicas huidas de fin de semana, en las frustraciones sexuales, en el modo en que los porteños luchan para conjurar el caos que los asedia.

El estado de ánimo de Martínez Estrada, al momento de relevar estratos, símbolos y emplazamientos de Buenos Aires, estuvo acicateado por la curiosidad y asolado por el resquemor, porque las grandes ciudades son ámbitos de pasiones cuyas leyes íntimas escapan al entendimiento de sus constructores y al de sus inquilinos. Por eso el lenguaje del libro es, al mismo tiempo, equitativo pero asimismo lúgubre, incluso algo bronco, siempre impulsado por motivaciones morales, satíricas y proféticas: admonición, acidez y advertencia. Martínez Estrada tuvo una visión y esa visión era pavorosa: infatuada e incivil, Buenos Aires se encaminaba a padecer la misma suerte que tocó a Cartago en la Antigüedad.

III

Y sin embargo, se necesita una superabundancia de amor para escribir algo así, como el que se devota a una mujer espléndida pero perjudicial. El libro entero condensa aflicción y rencor: dos punzadas. Además, una misma tensión sexual ciñe las numerosas viñetas dedicadas a la experiencia corporal de los porteños: el maniquí en la vidriera contagia la impotencia sexual en tanto la insinceridad mutua les invagina a hombres y mujeres tartamudez e incomprensión y tanto en la personalidad como en las motivaciones, cuando no el ritmo de los locos de atar. En tanto y en cuanto a Martínez Estrada le concernía la “atrofia” de los cinco sentidos, *La cabeza de Goliath* ofrece al lector un diagnóstico sensorial de pasado, presente y porvenir.

Toda ciudad mortifica el deseo, y por ello instala conductos que licúan la voluntad de vivir por los canales del buen y el mal gusto, de modo que los impulsos primarios terminan siendo atemperados, espiritualizados, y al fin escamoteados a la conciencia de los seres que sueñan con la resurrección de la carne para despertar convertidos en “corned-beef con cierre hermético”. Con respecto al daño temperamento erótico de los porteños se hace notorio en estas meditaciones un dejo de congoja. Pocos autores habían prestado

ACERCA DEL AUTOR

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA nació en 1895 en la Provincia de Santa Fe. Entre 1918 y 1929 publicó seis poemarios y obtuvo importantes premios literarios, entre ellos: el Primer Premio Municipal por *Argentina* y el Primer Premio Nacional de Literatura por *Humoresca* y *Túteres de pies ligeros*. Escribió ensayos, cuentos, biografías, poesía y obras teatrales. Ejerció la docencia y colaboró en la revista *Sur*.

Fue conocido como un célebre autodidacta, un notable intelectual que dedicó su vida a pensar el país. Sus obras más importantes, además de *La cabeza de Goliat*, fueron *Radiografía de la pampa*, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, y *La Vida maravillosa de Guillermo Enrique Hudson*. Presidió la Sociedad Argentina de Escritores y la Liga Argentina por los Derechos del Hombre.

Falleció en Bahía Blanca en 1964.

**OTROS TÍTULOS DEL AUTOR
EN INTERZONA**

Conspiración en el país de Tata Batata

Juan Florido y Marta Riquelme

Mensajes

Radiografía de la Pampa

Titeres de pies ligeros

Epistolario, con Victoria Ocampo

OTROS TÍTULOS DESTACADOS DEL AUTOR

Muerte y transfiguración de Martín Fierro

El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson

¿Qué es esto?

Martí revolucionario



LA CABEZA DE GOLIAT

Compuesto en Andralis ND,
del tipógrafo argentino Rubén Fontana.

Impreso en papel Chen Ming Woodfree de 80g/m²
en los talleres gráficos Asia Pacific Offset LTD, Unit C-E,
11/F, Yeung Yiu Chung (no.8) Ind/Bldg. 20 Wang Hoi Road,
Kowloon Bay, Hong Kong, en el mes de junio de 2017.